

---

# La actualidad de mañana

Blaise Cendrars

Cuando Blaise Cendrars firma el 13 de febrero de 1930, en el Hotel de Londres, en Monpanzier, Dordoña, Francia, el texto titulado “La actualidad de mañana” que aparecerá como prólogo a la traducción francesa por Mathilde Pomés de la novela *El águila y la serpiente* del mexicano Martín Luis Guzmán, tiene 42 años, una leyenda literaria y poética, un brazo menos y una mano amiga, un kilometraje peregrino de trotamundos, una cultura híbrida de anticuario y vanguardista, un corazón hospitalario y una verba mitómana y animista capaz de venderle a Apollinaire el estilo de Zone y los funerales apócrifos de Walt Whitman.

Había nacido el 1 de septiembre de 1887 con el nombre de Frédéric Louis Sauser, moriría en enero de 1961 luego de haber escrito, traducido, editado, leído muchos libros en los que se renovó la prosa francesa, el periodismo, la poesía y quizá incluso la idea misma de aventura y de cultura.

El texto –una de sus primeras incursiones en este nuevo periodismo hambriento de presente y de profecía– está dedicado a “Marinette”, el sobrenombre con que el que trataba a la fervorosa y hermosísima amiga brasileña Marie Lebrun da Silva Pardo, esposa de su amigo, admirador y mecenas Paulo Prado.

La aventura brasileña de Blaise Cendrars –como se titula el libro monumental dedicado a él, a su obra y a su paso por Brasil– empieza el 28 de mayo de 1923 cuando Tarsila do Amaral y Oswald de Andrade se apersonan en el minúsculo departamento de la Rue de Mont Doré donde vive Cendrars con su musa y amada Raymonde para invitarlo formalmente para ir a Brasil. No es una visita casual; viajaron desde São Paulo ex profeso para hacerle esa invitación.

El deslumbrado y deslumbrante Cendrars pasará aproximadamente seis años en esa inmersión geográfica trasatlántica. Amigo de Apollinaire, Chagall, Fernand Léger, Robert y Sonia Delaunay y, más tarde, de Henry Miller y John Dos Passos, Cendrars es una figura emblemática del siglo xx, una suerte de peregrino expiatorio, de pagano errante que desde su adolescencia ha recorrido el espacio, traficado con joyas, cantado a San Petesburgo y a Panamá, conocido Roma, Marsella, Nueva York, dándole voz a la cultura negra a través de su célebre *Antología negra*, obra que por cierto fue traducida al español por Manuel Azaña, uno de los amigos de Martín Luis Guzmán.

El texto aquí rescatado es a la vez transparente y enigmático, híbrido, participa del reportaje y de la historia, de la narración y de la visión profética de la historia al estilo de Fiodor Dostoievski, del guión cinematográfico y de la fábula. Se desarrolla en Venezuela, Brasil, y –hay que reconocerlo– muy poco en México. Sus tres temas principales son América Latina, la Revolución y el presente, el ahora, el aquí, esa idea fija y obsesiva de las artes y de la poesía y las letras modernas en general y en particular de ese hombrecito enjuto y nervioso con cara de gnomo bohemio que ha recorrido todo el mundo –y sus bibliotecas– se ha involucrado en revoluciones –como la rusa de 1905– ha conocido y frecuentado a escritores y artistas del Parnaso y de la canalla y que será, junto con Louis Ferdinand Céline, uno de los renovadores irresistibles de las letras francesas, europeas, planetarias. Hay que confesar que el texto aquí presentado no es, en el sentido canónico de la voz amparada por San Prólogo, un prefacio convencional. Es mucho más y mucho menos, En sus páginas parece concentrarse la historia de un continente. Cendrars tiene el olfato de haber sabido condensar y “editar” en el sentido cinematográfico de la palabra sus visiones proféticas sobre el continente americano. Cendrars fue uno de los primeros escritores en haber experimentado en su propia urdimbre prosódica con las correspondencias, técnicas, mañas y desafío que el cine impone a la imaginación. Por improbable que pueda parecer, lo registrado por B. Cendrars sobre la historia de América Latina es rigurosamente cierto. En esa verdad mayor se inscriben estas páginas dedicadas a la novela *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, escrita al socaire de aquellos vientos que barrieron con su revolución las más distantes regiones de la tierra (Adolfo Castañón).

LA ACTUALIDAD DE MAÑANA\*  
(COSAS VISTAS)

a Marinette<sup>1</sup>

El siglo XXI será el de América Latina. Por esta razón Europa y muy en particular Francia y los países mediterráneos se equivocan al desinteresarse completamente de las revoluciones políticas, económicas, morales, sentimentales, religiosas de Sur y Centroamérica. En esas regiones, vírgenes en tres cuartas partes todavía hoy, se jugarán sus destinos próximos.

El porvenir de la humanidad está en Occidente, en Extremo-Occidente. El péndulo de la civilización se desplaza hacia el oeste. Es un regreso a los orígenes, pues las razas humanas nacieron sobre el altiplano brasileño (cf. los trabajos del profesor danés Lund, su colección de fósiles traídos de Minas Gerais, sus libros y sus escritos, todavía inéditos desde 1887 y hoy albergados en el Museo Real de Copenhague).<sup>1</sup> Desde hace cuatro siglos la fusión de las razas roja, negra, blanca, y desde hace algunas décadas amarilla, se consuma en la América del Sur y del Centro. Aquí está el nuevo hecho histórico al cual nadie toma en cuenta y que será la actualidad de mañana (y no la liquidación de la guerra o el porvenir de la Sociedad de Naciones).

Al contrario de lo que sucede en los Estados Unidos de la América del Norte, para los estados Unidos del Brasil, la cuestión del color no se plantea. No se plantea tampoco en México, como tampoco lo hace en las otras Repúblicas de la América del Sur, y la ausencia de esa cuestión del color da tanta apariencia de humanidad profunda a las democracias sudamericanas, concientes de su misión histórica.

\* El texto que aquí he traducido proviene de Blaise Cendrars, *Histoires vraies, La vie dangereuse, D'Outremer à Indigo* en "Tout autour d'aujourd'hui". *Oeuvres complètes de Blaise Cendrars* (t. VIII) dirigidos por Claude Leroy, Edition Denoël, París, 2003. Textos presentados y anotados por Claude Leroy. Agradezco a Susana Quintanilla haberme puesto sobre esta pista y a Eduardo García Aguilar el haberme conseguido el texto de referencia. A don Fernando Villanueva el haber llegado a mi casa con la primera edición de 1930 aquí comentada para convencerme de su existencia. Las notas al pie son de B.C; coloqué mis notas, junto a las del editor francés, a manera de apéndice. (AC)

<sup>1</sup> *E. Museo Lundii*, t. I., ed. latina en curso de publicación, contiene un resumen en francés de las Teorías de Lund (1932).

Así como me lo decía en 1926 el presidente de los Estados Unidos de Brasil, S. E. Washington Luis: “La misión histórica de Francia habría sido el advenimiento de la Revolución y la proclamación a la luz del mundo de los principios democráticos puros. La misión histórica de los Estados Unidos es, pasando de la teoría a la práctica, la aplicación de esos mismos principios democráticos a amplias capas sociales, todas ellas originarias de la raza blanca. La misión histórica de las democracias sudamericanas consistirá en realizar los designios de la Revolución Francesa, es decir en hacer que se beneficie de esos principios toda la colectividad humana, sin distinción ni de raza ni de dolor. Seguramente esa etapa será larga, llena de dificultades, sorpresas, arranques y frenazos”.

Por lo común, para el europeo y el yanqui, una revolución sudamericana es una ópera bufa donde un general con casco emplumado ordena algunos tiros de salva a la cabeza de algunos “negros” bien vestidos. Toma el poder, ocupa “militarmente” algunas minas de oro, luego vuelve a entrar a su palacio para ayuntarse con a alguna de las mujeres más bellas del país.

La última de estas revoluciones parece dar razón a esta forma burlesca de encarar las cosas y no resisto la tentación de copiar el relato de esta loca aventura, tal y como lo leí en el *Courrier de La Plata* del domingo 6 de octubre de 1929. ¡Todo en este relato me encanta incluso el estilo charro del corresponsal del único periódico francés de Buenos Aires!

El *Affaire* de Cumaná<sup>ii</sup>  
(De nuestro corresponsal en Venezuela)

El martes 13 de agosto, los periódicos de Caracas publicaban en grandes titulares y a ocho columnas, la relación, por lo demás bastante sumaria, del grave incidente que se habían producido cuarenta y ocho horas antes, la mañana del domingo 11, a 400 kilómetros de ahí, sobre la costa oriental de Venezuela, y del cual nada había trascendido hasta ese momento a la capital del país.

Una tropa armada de 400 insurgentes adversarios del gobierno actual y, sobre todo, de su jefe, el general Juan Vicente Gómez, había desembarcado de un vapor alemán en el puerto de Cumaná, capital del Estado de Sucre, que lleva el nombre de Puerto Sucre, y había marchado a campo traviesa hasta Cumaná, ciudad distante alrededor de una legua y construida a orillas de un río, el Manzanares, que lleva el mismo nombre que el que se supone riega Madrid.

Al llegar al puente sobre el río, los invasores se tropiezan con la guarnición de la plaza, comandada por el gobernador del estado de Sucre, el general Emilio Fernández. Durante el prolongado combate para obtener el paso sobre el río, éste murió, su hijo resultó gravemente herido, y el jefe de los insurgentes, el general Delgado-Chalbaud (por su madre, nacida Chalbaud, de origen francés), resultó muerto él mismo.

Su desaparición dejaba a la tropa sin jefe y frente a un ataque con ametralladoras de aviones militares enviados a su encuentro desde Maracay, los insurgentes habían dado media vuelta y se habían vuelto a embarcar o se habían dispersado por el país, y el vapor volvía a zarpar hacia un destino desconocido, mientras que a toda prisa se armaba el yate recreativo que forma toda la flota de guerra de Venezuela, y el Fuerte de la Guaira apuntaba sus cañones hacia alta mar.

Poco a poco, se iban precisando los detalles. Se había anunciado la muerte del hijo del general Emilio Fernández; las banderas habían sido enrolladas en señal de duelo por orden del gobierno, y el ministro alemán, muy molesto, decía o dejaba decir, que era él mismo el que había arrojado las bombas sobre los atacantes. En realidad, el escuadrón de siete aviones estaba formado por aparatos franceses tripulados por pilotos militares de la misma nacionalidad y por pilotos militares venezolanos formados y comandados por un antiguo oficial de la marina francesa, el Sr. Guérin. Este incluso iba a regresar a Francia con su mujer, sobre el trasatlántico francés que zarpaba el 14 de agosto, en el que había reservado un lugar que naturalmente no ocupó, pues para entonces estaba en Cumaná. Corrió el rumor –no confirmado– de que había muerto durante el *affaire*.

Gracias a un sistema de informantes muy bien distribuido, desde hacía una decena de días, el gobierno había sido prevenido de la inminencia del desembarco. Y sin embargo los atacantes provenían de la orillas del Mar Báltico, ¡lugar desde donde nadie los habría esperado llegar nunca! Ahí, ese barco alemán, especialmente construido para llevar auxilio a los navíos que zozobran en aquellos mares difíciles, el *Falke* había sido rentado por los adversarios del “presidente” Gómez para desembarcar sobre las costas de Venezuela su tropa de insurgentes y un centenar de cajas de armas que contarían 900 fusiles con sus municiones.

El *Falke* puede desarrollar una velocidad de diecisiete nudos por hora, y apenas le habían sido necesarios trece días para cruzar el Atlántico. Si bien de tamaño modesto, pintado de color gris, quizá para hacerlo menos visible, con la pasarela blanca blindada contra las balas, que por lo demás lo alcanzaron, y disponiendo, además de las cajas de armas, de dos cañones de 47, el *Falke*

representaba una fuerza naval a la que el gobierno venezolano no podía oponer nada equivalente, pues el general-presidente Gómez, se había opuesto desde siempre a la compra de un crucero, temiendo, no sin razón, que éste algún día volviera sus cañones contra él.

Ayudado por dos antiguos oficiales, el comandante del *Falke*<sup>2</sup> había pertenecido a la marina militar alemana y había hecho la guerra brillantemente hasta el punto de merecer la Cruz de Hierro de primera clase; por su parte, había obtenido la promesa de recibir 1 000 dólares por día durante la expedición, otros dicen que un millón de francos por la totalidad, lo cual viene a ser poco más o menos lo mismo; todo el *affaire* había sido financiado por un riquísimo venezolano, establecido en Londres, quien había adelantado veinte millones de francos, con la evidente esperanza de volverse jefe del nuevo gobierno.

Además, el comandante del *Falke* habría recibido la promesa de ser nombrado, en caso de éxito, jefe de la marina venezolana. Estas ventajas, aunadas a su pasado, explican la valentía que mostró durante el desarrollo del *affaire*, pues no dudó en desembarcar en Cumaná con un grupo de invasores, armado, escoltado por sus dos oficiales, uno de los cuales hasta habría recibido una bala. En cuanto a su tripulación, también alemana, pero cuya situación no era la misma, se negó a desembarcar y obligó con su actitud a los oficiales del barco a regresar a bordo y a levantar el ancla después de haber combatido y desembarcado, salvo dos, todas las cajas de armas.

En realidad, esta nueva intentona contra el dictador de Venezuela fracasó por el ataque de los aviones franceses y la actitud de la tripulación alemana, no menos que por la valiente lealtad del general Fernández, gobernador del estado de Sucre.

El barco mismo, después de haber dejado las costas, así se dice, se habría refugiado en las islas vecinas, en la de la Tortuga o en la de Margarita, y tal era la inquietud sobre ese tema que el correo francés, que había salido el 14 de agosto del puerto de Caracas, recibió la orden de suprimir la escala siguiente en territorio venezolano, la de Carupano, donde, sin duda, se temía que pudiese ser atacado al paso para alcanzar directamente la Isla de la Trinidad y su capital Puerto España, la de la Margarita; ahí, por lo demás, se encontró con el inofensivo *Falke*, ya sin bandera, pues el cónsul alemán lo había tomado a su cargo bajo la vigilancia de los cañones británicos.

Cumaná es una pequeña ciudad de veinte mil almas, capital del estado de Sucre, que pasa por haber dado su nombre indígena a América: efectivamente a algunos kilómetros al sur se encuentra el lugar indígena de *Ameraca* (Maracapano

<sup>2</sup> El Capitán Ziplit.

para los mapas) que, en el siglo XVI, servía de almacén para las mercancías españolas llevadas a las islas y que se propagaban desde ahí por todas las costas bañadas por el mar Caribe, y fue de Ameraca, antes que de Amerigo Vespucci, que, según algunos, vino el nombre dado al nuevo continente.

Cumaná es, de hecho, el primer puerto venezolano de cierta importancia que encuentran los barcos que vienen de Europa, como lo hizo el *Falke*, después de haber ido más allá de la isla inglesa de la Trinidad. Ahora bien, poco antes, una intentona bastante parecida se había producido sobre la misma costa, pero del otro lado de la capital donde, un destacamento de alrededor de 200 insurrectos, provenientes de la vecina isla holandesa de Curazao, había desembarcado, cerca de Puerto Cabello, de un buque norteamericano al cual habían subido las armas tomadas por ellos en Curazao y, con ellas, al mismísimo gobernador holandés. Estos insurgentes cuyo comandante era el general Gabaldón formaban parte de esa numerosa colonia de venezolanos expulsados por el presidente Gómez que vivían en el extranjero, sobre todo en las islas vecinas donde, de conjura en complot, buscaban la liberación de su patria.

Su golpe sobre el gobernador holandés se debía, sobre todo, según se dice, a que ésta pasaba por ser favorable al general Gómez y a que le habría dado informaciones sobre esos refugiados. Para darle una lección e impedirle que los persiguiera —no hay duda de ello—, se habían empeñado en llevarlo por la fuerza sobre el buque de carga norteamericano del cual se había apoderado en el puerto mismo de Curazao y a cuyo capitán, que estaba más o menos de acuerdo con ellos, habían obligado a desembarcarlos con sus armas en la costa venezolana para de ahí, ganar las montañas, mientras el gobernador sobre el buque liberado, volvía lastimosamente a su isla.

Quién sabe si esta intentona del general Gabaldón sobrevenida en Curazao estaba o no destinada a producirse al mismo tiempo que la del general Delgado-Chalbaud en Cumaná, y la distancia entre Curazao y el Báltico de donde zarpó el *Falke* fue la causa de esta falta de sincronía.

Hay que apuntar también que el lugar de desembarque del general Gabaldón estaba cerca del pequeño malecón de Puerto-Cabello, donde el general Gómez guarda en sus calabozos a más de un centenar de estudiantes de la Universidad de Caracas que tomaron parte, entre abril y mayo del año pasado, en las manifestaciones celebradas en su contra y que tanto lo indispusieron contra la capital. Primero, los había mandado a trabajar sobre el camino destinado a unir con el mar a Los Chorros, centro vacacional al oriente de Caracas, a través de las montañas; pero ahí su insubordinación se había puesto nuevamente de manifiesto y eso lo había llevado a enviarlos a las cárceles de Puerto Cabello, donde la vida es más dura que la del trabajo al aire libre.

Sus familias de Caracas habían corrido la voz para irlos a ver en el camino; el día de su paso, los autos habían llegado hasta un cruce llamado *Dos Caminos*, pero la policía, con triste habilidad, había obligado a estacionarse a todos esos vehículos sobre una carretera situada más allá, desde donde no se podía ver el paso de los prisioneros, y los había mantenido ahí hasta la mañana del día siguiente, de manera que las familias habían tenido que pasar la noche en sus autos; de ahí la furia que se manifestó entre ellas cuando, más adelante, fueron prohibidos los bailes y suprimida la carne en las comidas, suministrada exclusivamente a Caracas por los rastros del general Gómez.

Se entiende ahora que, a causa de esos movimientos de insurrección, el general que rige Venezuela desde hace más de treinta años, después de haber expulsado del poder a su amigo y predecesor el presidente Castro, el *mono de los Andes*, haya preferido despachar, en vez de en la capital, en su hacienda en Maracay, a cien kilómetros de ésta, donde vive<sup>3</sup> como patriarca experimentado sobre sus tierras que se extienden alrededor por una extensión de 60 kilómetros. Ahí hace cultivar y explotar por sus tropas la caña de azúcar, el café, el maíz, y también ahí fundó los establecimientos industriales que le hacían falta a Venezuela: rastros, cremerías, tejidos, papelerías, etc. Sus establos, en particular los de El Diamante abrigan los especímenes más bellos de ganado que le ha sido posible conseguir por el mundo entero: ganado bovino, porcino, equináceos –caballos, mulas, burros–, y su parque de Las Delicias encierra, junto con una magnífica piscina alimentada por las aguas termales de Castaño, ejemplares todavía más raros de los animales salvajes de África, Asia y América (elefantes, tigres, leones, jirafas, hipopótamos, ñus, cebras, avestruces, llamas, alpacas, compradas por él y llevadas hasta ahí por nada despreciables sumas).

Como San Luis bajo el roble, en ese parque encantado sostiene día a día sus audiencias a la sombra de un samán, y un hábil afán de prudencia le hace sin duda preferir a los riesgos de una entrevista cara a cara en una oficina a puerta cerrada esas entrevistas al aire libre que él brinda, en uniforme color kaki y botas de cuero amarillo, en medio de sus ministros, sus generales y soldados.

En efecto, sólo es posible verlo ahí, y todos los días a las cinco de la mañana llega en automóvil a Las Delicias, se instala sobre un sofá frente a la música militar que resuena con rabia y que es la única que le gusta, se queda ahí hasta que cae la noche, estrechando manos con una sonrisa bonachona de académico anticuado, como el señor Le Trouhadec [el personaje de Jules Romains] a los solicitantes que, de uno en uno, le van presentando. A su derecha, tiene ahora

<sup>3</sup> Murió en 1933.

al presidente Pérez, alto magistrado, que tuvo la habilidad suprema de hacer nombrar en su lugar en abril pasado, conservando solamente —esa es la gruesa apariencia— el comando de las tropas, que se elevan a 5 000 y que, por lo demás, están casi todas concentradas alrededor de Maracay.

Detrás de cada una de las jaulas, los soldados, apenas vestidos con un saco color kaki y un sombrero de fieltro aplastado como la gente menuda del pueblo, pero con el fusil entre las piernas y la cartuchera como collar, velan sobre la preciosa persona del general que, a pesar de sus setenta y cinco años, ha logrado hasta el presente mantener el orden y acrecentar la fortuna de la República al mismo tiempo que la suya mientras que, amontonados en un carrito, los más jóvenes de sus setenta hijos, el último apenas tiene unos meses, recogen los frutos hermosos del jardín que tiene bien merecido su nombre de Las Delicias, edén terrenal para un dictador sudamericano.

Es una lástima que no esté firmado, pero el suscrito certifica su autenticidad.

En septiembre de 1924, en la buena ciudad de São Paulo (Brasil), olía a pólvora. En una noche, el general Isidoro,<sup>iii</sup> a la cabeza de un grupo de oficiales revolucionarios, de un batallón de la fuerza pública y de unos 400 insurgentes venidos del interior, tomaba la ciudad industrial, ¡una capital moderna de 800 mil habitantes! Los combates callejeros fueron de lo más animados.

Después de haber defendido el Palacio, el Ministerio de Justicia, la central telefónica, las guarniciones y casernas de la Fuerza Pública, donde la lucha había sido particularmente encarnizada, debió batirse en retirada el presidente del Estado, el desgraciado Carlos de Campos, más músico de talento que general. Con su pequeño grupo de fieles partidarios, se fue al encuentro de los refuerzos que el presidente federal había enviado por ferrocarril desde Río de Janeiro.

Fueron días de respiro para la población paulista, fácilmente rezongona y descontentadiza, pero que no participaba en modo alguno en el asunto. “Es algo que interesa a las altas esferas”, me respondió un hombre al que yo había interrogado en la calle.

El general Isidoro aprovechó esta calma para consolidar sus posiciones. Hizo excavar trincheras, ocupar las estaciones de tren y autobús, los puentes, los caminos, las vías férreas, poner sus ametralladoras en posición de tiro y una batería de pesados cañones que la guarnición de Itu había venido

a poner a su disposición al día siguiente de la revuelta. Él también esperaba refuerzos. El movimiento estaba concertado. Todas las guarniciones del inmenso territorio debían participar en la revuelta.

Pero mientras el gobierno federal llegaba a concentrar en menos de ocho horas a la élite del ejército federal alrededor de São Paulo –y vi desembarcar un buen regimiento romántico del Mato Grosso, otro del Paraná, unos alemanes magníficos bronceados por el sol de los trópicos, un espléndido batallón de Bahía, formado, como las compañías de armas de los portugueses del siglo XVII, por negros, mulatos, mestizos indios, “calzados de un pie y descalzos del otro”, algunas secciones de inverosímiles gendarmes de Minas Gerais, y toda la artillería disponible...– el refuerzo revolucionario no llegaba exceptuando algunas medias secciones y algunos oficiales aislados que se habían visto obligados a combatir a lo largo del camino para deslizarse en la ciudad antes de que Sao Paulo fuese completamente rodeada.

Apenas tuvo su artillería en posición sobre las colinas que dominan la ciudad, el general Sócrates, al comando de las tropas federales de recuperación, desencadenó sobre esta ciudad abierta que ninguno de sus 800 mil habitantes había evacuado aún, un bombardeo “a la alemana”. Había sabido aprovechar las lecciones de la Gran Guerra europea. Como no tenía una catedral de Reims que demoler, Sócrates dio como objetivo a sus cañones: aquí un flamante palacio nuevo, allá una bella fábrica moderna, acullá nuevos rasca-cielos. Los obuses cayeron como ráfagas en el centro de la ciudad, demoliendo un tranvía, soplando sobre una dulcería, estornudando en una escuela, explotando en una plaza o en un bar. Dirigían los tiros los aviones, al mismo tiempo que soltaban bombas que caían un poco en todas partes y estallaban al azar.

Este absurdo bombardeo duró 29 días y 29 noches. Por la noche, los obuses incendiarios ponían fuego en los barrios obreros de la Luz y de la Moca, hacían explotar los tanques de reserva de la Shell, saltar las bodegas de café. El encendido de esos braseros iba acompañado de un fuego de mosquetería y de ametralladoras que duraba hasta el alba y cuya intensidad me recuerda los ataques masivos de Verdún. Pero nunca había ataque. Con la luz del día, los obuses volvían a caer sobre el centro de la ciudad. Se sentía que los oficiales “legalistas” se entregaban a sus tareas animados por un

corazón de bronce. Las órdenes eran formales, había que aplastar la sedición: tanto peor para la ciudad ¡sería reconstruida!

Bernardes, a la sazón presidente de la República, era un hombre de otra edad, con una mentalidad de otra época, una especie de León Bloy elevado a la máxima potencia, con ideas de anteaer y de un absolutismo convencido.

Apegado a la legalidad, el suave Carlos de Campos dejaba hacer. Prisionero de sus partidarios políticos, se dejaba arrancar la orden de destruir su abnegada ciudad antes que dejar el poder. Se dice que compuso una ópera, mientras los cañones de la legalidad auscultaban São Paulo y ¡destruían 11 mil casas! ¿Y los revolucionarios?

Los revolucionarios estaban siempre a la espera del refuerzo que no venía. Ocupaban trincheras en los puntos estratégicos y por las noches sólo concedían pequeños combates con patrullas y puestos de avanzada. Calenturientas cabezas despachaban fuera de la ciudad locomotoras cargadas de explosivos.

El general revolucionario Isidoro era un positivista dogmático. Durante 27 días, redactó manifiestos, rehaciendo la constitución, revisando códigos y leyes, publicando proclamas filosóficas, cargadas de romanticismo e ínfulas de grandeza. Era un viejecillo muy estricto, muy frío, muy calmado, un hombre honrado y triste, iluminado por la idea solitaria de la patria.

Al vigesimoséptimo día, comprendiendo que la revolución había sido traicionada, dio la orden a sus tropas de evacuar la ciudad y el pequeño ejército revolucionario se embarcó hacia el interior en 24 trenes compuestos exclusivamente de *Pullman*, de vagones-restaurant, de coches-cama llevándose con su equipaje todas las armas, las cajas del Estado, las cajas federales, además de algunos grandes automóviles de lujo.

Después de la partida de las fuerzas revolucionarias, el ejército federal bombardeó la ciudad todavía durante dos días y dos noches más, luego hizo su entrada en la capital de São Paulo con los acentos de una marcha triunfal, especialmente compuesta para la circunstancia por Carlos de Campos. A la cabeza venían los tanques, a la cola materiales e instrumentos para la emisión de gases asfixiantes.

No voy a contar aquí la vertiginosa odisea de los revolucionarios tierra adentro; ni cómo, más allá de Baurú, formaron el tren núm. 25, compuesto exclusivamente de vagones-grúa para dismantelar los últimos centenares

de kilómetros de ferrocarril; cómo, al llegar a su destino, en Puerto Murtinho sobre el río Paraná, se apoderaron de los pequeños vapores de una compañía inglesa de exportación de madera preciosa para ir a fundar un estado independiente en la selva brasileña; ni la epopeya aventurera del heroico teniente X..., quien paseó a la Revolución durante cuatro años de sur a norte de ese inmenso país [él me decía: “si esta Revolución no ha tenido otro resultado que el de haberme permitido levantar el mapa del interior y de conocer mejor la geografía y sobre todo, la orografía de mi país, no habrá sido inútil”), pues se trata de una historia que no ha terminado.<sup>4</sup>

Menciono la sedición de São Paulo para llegar a esto, que es una buena prueba de la incomprensión de los europeos hacia todo lo que concierne a las revoluciones sudamericanas.

Una tarde en que bebía yo un cocktail cubano en compañía del cónsul francés de Francia, en la “Rôtisserie” de São Paulo y cuando hablábamos de los acontecimientos que acababan de ensangrentar la ciudad, en particular de las represalias ejercidas 48 horas después de la evacuación por el general “legalista” Putiguara, el mismo que los revolucionarios acusaban de traición y de haber pasado por las armas a unos 800 alemanes y húngaros recién desembarcados en el país y que todavía se alojaban en el albergue destinado los emigrantes, vi a mi interlocutor saltar –esa es la palabra– cuando le expliqué que el general revolucionario Isidoro era un viejo positivista, un discípulo de Auguste Comte,<sup>iv</sup> y que su revolución era la de un purista, y su meta, el regreso a los verdaderos principios republicanos y demagógicos de libertad, igualdad, fraternidad, humanidad.

El señor cónsul de Francia lo ignoraba todo de Auguste Comte. Probablemente, lo tomaba por un pálido anarquista y lo confundía con Ravachol.<sup>v</sup>

¡Decir que hay gente que se aburre en la vida!

¡Decir que hay jóvenes que están convencidos de que no pasa nada en el mundo!

<sup>4</sup> Ahora que está prisionero, se puede decir su nombre. Se trata de Carlos Prestes, más conocido por su participación en los levantamientos comunistas de Río de Janeiro (1933-1936), y cuyo proceso y condena (1937) tuvieron una resonancia universal. En 1924, Carlos Prestes, el más brillante discípulo del general Gamelin, jefe de la misión militar francesa en São Paulo, dominaba el tema.

¡Decir que hay jóvenes que se plantean la pregunta: “Ginebra o Moscú”, y otros jóvenes la de si “Moscú o Nueva York”!<sup>vi</sup>

Pero la *Actualidad* preñada de porvenir para la raza blanca no está ni en Ginebra ni en Moscú, vayan a ver lo que sucede en las Américas, jóvenes bravos:

En el sur, están las bombas hebdomadarias de Buenos Aires; en los confines de Bolivia y Paraguay hay una guerra que dura desde hace cien años;<sup>5</sup> en Bolivia está la revuelta de los indígenas de la cual ningún periódico ha hablado todavía; está el general Sandino<sup>6</sup> en Nicaragua y un ardiente foco masónico en Haití. En el norte está el imperialismo yanqui de los Estados Unidos. Y, entre esas dos Américas, está la revolución cuya espantosa grandeza nos revela Martín Luis Guzmán<sup>7</sup> en un libro frenético: *El Águila y la Serpiente*.

La traducción que Mathilde Pomès ha realizado de *El Águila y la Serpiente*, ese *cuadro de las escenas de la vida en los campos revolucionarios mexicanos*, está muy bien hecha y ha sido muy hábilmente “editada”, como se diría en el cine. Yo escribí el prólogo.<sup>vii</sup>

No tengo el honor de conocer a Martín Luis Guzmán, aunque en vida he podido encontrar a muchas personas que figuran en su libro, como, en París, al pintor Atl, el hombre que hace tapiar las puertas de su garaje y que abandona a la revolución para no separarse de un magnífico automóvil “expropiado”; en el kilómetro cien, a Rodolfo Fierro, el as de tiro con pistola y, en su famoso salón-vagón, al general Villa,<sup>viii</sup> la figura central de este libro a quien hubiese querido venderle dos docenas de locomotoras.

Me han dicho que Martín Luis Guzmán es revolucionario de profesión y no novelista, y que esa es la razón por la cual se ha permitido hacerle numerosos cortes a su libro, a menudo prolífico y que empezaba con una intriga “novelada”. Si admito los cortes numerosos, cuya razón principal me parece ser la de reducir notablemente el espesor del volumen, no puedo sino lamentar la intriga sacrificada. La lamento, no desde el punto de vista

<sup>5</sup> Esta guerra se volvió por fin oficial en 1935.

<sup>6</sup> Muerto en 1936, por los fuisleros-marinos de los USA.

<sup>7</sup> Martín Luis Guzmán, *L’Aigle et le serpent*. Fourcade, ed. París, 1930 [Con una “Nota de la traductora”: Mathilde Pomès” [T]]

de la novela, sino desde el punto de vista de la psicología de los revolucionarios mexicanos. ¿Cómo imaginar la vida de un revolucionario mexicano sin una intriga femenina? Aunque esencialmente pasional, incluso secreto, el papel de las mujeres en las revoluciones mexicanas es de tanta importancia como el papel de primer plano, esencialmente ideológico, de las mujeres en la revolución rusa.

Revolucionario profesional o escritor, el señor Martín Luis Guzmán tiene un parentesco estrecho con un Pilniak,<sup>ix</sup> con un Babel,<sup>x</sup> con todos los autores jóvenes rusos surgidos de la Revolución de Octubre que, como Guzmán para México, solo dan para la bolchevización de Rusia razones de orden místico, las únicas válidas en materia de Revolución.

¿Será que, por equivalencia, el fenómeno de la revolución será en la naturaleza psicológica del hombre la última manifestación de ese fenómeno climatológico que causó tantas víctimas y creó tantas fuerzas absurdas y pasajeras en cada etapa crítica de la organización física del universo, fenómeno que los sabios científicos han constatado en la evolución interior de todos los reinos, pero que todavía no han aislado, estudiado y cuyas leyes ignoran siempre, aunque ya han señalado con el nombre de *gigantismo*?

La música, por ejemplo, habrá sido en los tiempos modernos una manifestación constante de *gigantismo*, es decir una de las raras manifestaciones del clima humano, completamente fuera del reino de la razón

Si entonces, hoy, la política tiende a volverse revolucionaria, eso es prueba de que el clima humano va a cambiar y que, de ser racional, la política va a volverse sentimental, instintiva, oscura, feroz, ciega para tomar una forma gigante, probablemente tan frágil como efímera.

Se estudia mejor el fenómeno en los países inmensos de las Américas o de Rusia. Cada vez que voy a América del Sur me siento tentado a hacer un paralelo entre la Rusia contemporánea y América Latina.

América Latina es, en suma, una Rusia tropical: las mismas extensiones territoriales, los mismos bosques impenetrables, los mismos ríos indolentes, gigantes que se van como agua. El mismo cielo vacío. Pueblos diseminados, perdidos. El frío extremo del invierno ruso, como el extremo calor del verano sudamericano hostiga al individuo, lo obliga a encerrarse en su

guarda donde come, bebe, hace la siesta o vela ante unos troncos en llamas, medita, se disipa, se deprime, empuña su balalaika o su guitarra, se exalta, llora, rumia, está al mismo tiempo alegre y triste, es exuberante y escrutador, generoso y desconfiado, corroído de escrúpulos y de nihilismo, es feroz, caritativo, tirano y víctima voluntaria. Otros paralelos históricos: como en el *mir* ruso, el comunismo se encuentra en la raíz de la civilización indígena. La tierra pertenecía a todos. Bajo el régimen colonial, al igual que en Rusia bajo Iván el Terrible, Pedro el Grande, Stalin el Rojo, los pueblos mestizos sudamericanos fueron expoliados, hostigados por la metrópoli, y vieron desaparecer todas sus libertades y franquicias. Así como las últimas comunidades rusas se refugiaron en las estepas, estos pueblos buscaron refugio tierra adentro. Si se introdujo la esclavitud en América, en Rusia se instituyó al siervo. Los dos países son oficialmente cristianos, pero en los dos países el pueblo es supersticioso, por no decir que siguió siendo pagano. Por lo demás, si el Cristo ortodoxo ruso es, en suma, de izquierda, un monje predicador de la Edad Media, vagabundo, ignaro, rudo, piojoso, sucio, reivindicador y compartido, desordenado y sentimental, un pobre, el sudamericano es más bien de derecha, pues es el Cristo de los jesuitas, un pobre al estilo clásico, leguleyo, tramposo, con ínfulas de propietario, arribista, mundano, intelectual, autoritario, un rico. En los tiempos modernos, se ve en los dos países a poderosas compañías financieras, todas de origen extranjero, obtener inmensas concesiones territoriales o industriales, concesiones que se acompañan de un acaparamiento sobre el derecho de consuetudinario, que sacuden los hábitos y las costumbres de los ciudadanos, lo cual da como resultado el exacerbamiento del sentido patriótico entre los pueblos que no lo tenían.

Entonces sólo basta un pretexto económico cualquiera para desencadenar la revolución.

Justamente conversaba de estas cuestiones con el tío *Joseph* en el tren,<sup>xi</sup> al volar una vez más hacia México, el único país del mundo que este hombre curioso no conocía.

¿Quién es el tío Joseph y qué papel juega en este mundo? A menudo me lo he preguntado y, en verdad, no sé qué responder.

Lo conozco desde hace unos doce años.

Es un pequeño judío, sin carácter, sin señas particulares, pasa desapercibido por donde quiera. ¿Su caracterización? La del hombre de la calle, el hombre de la multitud, que va vestido y parece vivir como todo el mundo. ¿Su nombre? Le conozco veinticinco pasaportes pero solo un nombre, el de tío José. ¿Quién es? ¿Es ruso solamente? Así lo afirma él. Pero yo lo creo judío holandés. ¿Y qué papel juega en Moscú? Misterio. En todo es un hombre secreto, aunque bonachón, sonriente, a la vez sencillo y simple. Habla mucho para no decir nada, es lo único que podría hacerlo sospechoso. ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Se le encuentra de repente a bordo, al tercero o cuarto día de la travesía, donde saluda cara a cara en el vagón-restaurante para desaparecer antes del fin del viaje. No tiene dirección. No da nunca noticias suyas. Se queda uno meses y meses esperándolo sin volverlo a encontrar y súbitamente desembarca donde uno vive llegando justo de Australia, o le estrecha a uno la mano sobre los bulevares poco antes de salir para China. Sólo una cosa es cierta, y es que todos sus itinerarios pasan por Moscú. Cuando en los periódicos de París se empezó a hablar del “Ojo de Moscú”, por un instante creí que se trataba de él; pero no podía tratarse del tío José, ya que el “Ojo de Moscú” se entregaba abiertamente a la propaganda militante, y nunca nadie pudo sorprender la menor actividad de orden político (o de cualquier otro) en el tío José. Lo encontré en Brasil, en Suiza, en Italia, en Holanda, en Berlín, en Londres, en Japón, en Marruecos, siempre estaba de paso y llegaba de otra parte, se limitaba a mantenerse al corriente *de todo*. Y, en efecto, lo sabía todo, lo conocía todo, la actualidad política, financiera, económica de todos los países del mundo, para no hablar de la literatura, de los teatros, de la música, del cine, de las bambalinas de *music-hall*? ¿Cómo se informaba? Qué voy a saber, si nunca lo vi leer un periódico, una revista o un libro, y cuando habla alguien, de Ford, de Stalin, de Oyangueren, se tiene la impresión de que los conoce personalmente. Para los grandes hombres de Moscú no hay duda, y para los otros, probablemente tampoco. Me confesó que es un revolucionario profesional, que no había estado nunca en un calabozo, ni en una mazmorra zarista ni en ninguna otra. Cuando alguna vez le pregunté lo que hacía en la guerra, se limitó a sonreír alegremente y a guiñar un ojo, el ojo izquierdo. Todo lo que sé de él es que “trabaja” para Moscú. Pero ¿qué? Decir de él que es espía, es quizá demasiado pues podría ser también misionero, en todo caso es un “testigo volante”...

Así pues hablaba de “revolución” con el tío José en un tren de la Nueva Orléans. Le decía: “Dígame, tío José, ¿por qué los soviets no se interesan en las revoluciones sudamericanas?<sup>8</sup> ¿Será porque, por así decir, casi no hay proletariado en esos países?

–Pero no, querido amigo, es porque ahí falta organización.

–¿Quiere usted decir organización soviética de América del Sur?

–No, quiero decir que a los pueblos sudamericanos les falta sentido de la organización. Están completamente desprovistos de ella. Y son fuertemente indisciplinados.

–¿Cómo lo lograron en Moscú? ¿Para ustedes la revolución no es más que una cuestión de organización y de método? Entonces cometen ustedes el mismo error que el gran Cuartel General alemán que se imaginaba que ganaría la guerra gracias a su organización y a su método, y a pesar del fracaso mundial de esta experiencia, ustedes creen todavía en el poder de la razón razonante? En suma, ¿ustedes han adoptado la mentalidad capitalista, pues para el imperialismo yanqui la conquista de América Latina es igualmente una cuestión de organización y de método!

–Pero nosotros nos somos banqueros, querido amigo.

–¿Entonces la dictadura del proletariado?

–No entiendo. ¿Qué dictadura? La del partido se realiza en un país donde la industria intenta penosamente nacer. En China, país atrasado, comercialmente agrícola, hay veinte dictaduras similares, más o menos mantenidas por el extranjero, y todas viviendo del bandolerismo. En Italia, dictadura del alto comercio y de la industria pesada. En Egipto, país semi-agrícola y de turismo, dictadura por protectorado. En Turquía, dictadura de revolución burguesa y ninguna industria. En los Balcanes, situaciones variadas. No comprendo esta fórmula: la dictadura es la realización del pro...

–¡De la hegemonía proletaria!

–Querido amigo, no somos ideólogos sino materialistas. Tenemos el sentido de la dialéctica y hemos tomado responsabilidades históricas.

<sup>8</sup> Diez años después de esta conversación, el gobierno de Uruguay se vio obligado a cerrar el consulado de la URSS en Montevideo y a romper toda relación con los soviets, luego de haber servido de centro financiero y de cuartel general, luego de los alborotos [*émeutes*] comunistas en Santiago de Chile, y luego en Río de Janeiro.

Nosotros construimos. Hoy, todo no es más que una cuestión de organización y de método.

—Hoy sí, pero ¿mañana? Ustedes están electrificando a Rusia, perfecto, pero ¿no cree usted, tío José, que el hombre ya ha superado el estado de la máquina?

—Algunos sí.

—¿Nosotros dos, por ejemplo?

—Seguramente.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿De una nueva fórmula política o de la vida?

—De la vida de los pueblos.

—No, de la vida de los individuos. Tío José, ¿no se vuelva usted wilsoniano!

—Pero esta idea de la libertad de los individuos en el marco de una sociedad era una de las consentidas de Lenin, así, en Moscú...

—Moscú es una bomba de tiempo que está en vías de

—¿Qué dice?

—Digo que, después de haber hecho saltar el imperio de los zares, la bomba de Moscú debía haber hecho saltar toda la armadura occidental. El papel de Moscú era el de destruir, y no el de ponerse a construir. El hombre ruso es nihilista. Es un asiático. ¿Por qué regresan ustedes a China? Como Gengis-Khan debieran haber primero pisoteado Europa.<sup>xii</sup>

—Querido amigo, hemos hecho lo que hemos podido, ¡y no hemos trabajado tan mal!

—Pero el fin del marxismo no es el de abatir el régimen capitalista, sino el de construir el Estado Socialista.

—Eso es lo que les reprocho, ustedes creen todavía en la eficacia de la razón. Desde el punto de vista mundial, la revolución rusa habrá sido la revolución de las oportunidades fallidas. Se diría que después de los grandes días de Octubre y de la época heroica de 17 a 21, su organización y sus métodos los han atado de manos. Se han vuelto tan tímidos y de tan mala fe como digamos los parlamentarismos franceses, ¡lo cual no es poco decir! La muerte de Lenin.

—Cendrars, ¿qué piensa usted de Lenin?

—Pienso que era una cabeza; tengo una gran admiración por su terminología. Pero, dígame, tío José, ¿qué escondía bajo las palabras?

—Quién, ¿Lenin?

- Sí, Lenin.  
 –Una dogmática lógica para legislar la acción.  
 –No, reflejos  
 –¿Reflejos?  
 –Sí, de risa. ¿Nunca lo oyó reír? Yo lo vi, ¡qué vida!<sup>xiii</sup>  
 –Y qué piensa usted de Stalin.  
 –Stalin, un par de piernas.  
 –¿Cómo piernas?  
 –Alguien me dijo que se mantenía parado sobre sus dos piernas vivaracho y bien equilibrado como una bailarina.  
 –Es cierto, es todo de pura plata.  
 –Entonces, ¿es una bailarina?... la bailarina con pipa... Me gusta eso, parece muy ruso, como un teatro en el Cáucaso, y me explica muchas cosas del Kremlin.

Hotel de Londres, Monpazier (Dordoña)  
 13 de febrero de 1930<sup>xiv</sup>

PS. El 11 de noviembre de 1937, el presidente de los Estados Unidos del Brasil, el Dr. G. Vargas,<sup>xv</sup> en vísperas de las elecciones presidenciales que podían prestarse (y aunque el delegado oficial del *Komintern* para la América del Sur, Carlos Prestes, estuviese en prisión en Río de Janeiro), a una reanudación de la agitación comunista y a falta de un *frente popular*, a la formación de un *frente negro*, el presidente Vargas respondió con un golpe de Estado que suprimió la Cámara y el Senado.

Para justificar esta profunda reforma constitucional, el presidente de la república del Brasil invoca la impotencia del régimen parlamentario liberal para defenderse contra la táctica revolucionaria del *Komintern* ruso. ❧

B. C.

Apéndice: notas a “La actualidad de mañana” del editor francés y del traductor.

“La actualidad de mañana” apareció sin ese título, como prefacio al libro de Martín Luis Guzmán, *L'Aigle et le serpent*, en traducción francesa de Mathilde Pomés, J.O. Fourcade, 1930. Es el texto más antiguo de la recopilación y el único que no apareció antes en la prensa de gran tiraje.

<sup>i</sup> Marie Lebrun da Silva Prado, llamada familiarmente Marinette, es la mujer de origen francés de Paulo Prado, 1869-1943, rico plantador, escritor y gran amigo brasileño de Blaise Cendrars, a quien recibió en su hacienda de San Antonio.

<sup>ii</sup> En la historia de Venezuela este episodio se conoce como “Expedición del Falke”, verificada en julio-agosto de 1919. El relato de Cendrars se apega fielmente a los hechos. Véase: “Expedición del Falke” en *Diccionario de historia de Venezuela*. Tomo E-0. Caracas, Venezuela, 1988, p. 128-130. [N. del T.]

<sup>iii</sup> En el curso de la primera estancia de Cendrars en Brasil, del 5 al 27 de julio de 1924, tuvo lugar la revolución “positivista” del general Isidoro Dias Lopes. Cendrars se refugió con sus amigos Prados en la hacienda Veridiana, en Santa Cruz de las Palmeras, donde intentó concluir *Moravagine*.

<sup>iv</sup> Auguste Comte, 1798-1857, filósofo francés, teórico del positivismo, ejerció una influencia muy grande en el Brasil que tomó prestada de él su lema nacional, *Orden y progreso*.

<sup>v</sup> François Claudius Koenigstein, llamado Ravachol, 1859-1892, anarquista francés, autor de crímenes y atentados que lo hicieron célebre y lo llevaron a ser condenado a muerte.

<sup>vi</sup> *Ginebra o Moscú*. Es el título de un ensayo de Pierre Drieu la Rochelle, Gallimard, 1928.

<sup>vii</sup> Martín Luis Guzmán, 1887-1976. Escritor mexicano cuyas novelas evocan la revolución mexicana en la que participó al lado de Pancho Villa. Además de *El Águila y la serpiente*, 1926, es el autor de *La sombra del caudillo*, 1929.

<sup>viii</sup> Pancho Villa, 1878-1923, General y revolucionario mexicana de tumultuosa vida. Murió asesinado.

<sup>ix</sup> Boris Pilniak, 1894-1938. Escritor ruso, autor de una de las primeras novelas consagradas a la revolución rusa, *L'Année nue*, 1922. Fue víctima de las purgas.

<sup>x</sup> Isaac Babel, 1894-1940, escritor ruso, autor de *Caballería roja*, 1926, y de *relatos de Odessa*, 1931. Fue acusado de espionaje y fusilado en 1940. En 1930 y todavía en 1937, Cendrars estaba muy lejos de imaginar que su admiración por Babel y Pilniak se convertiría muy pronto en elogio fúnebre.

<sup>xi</sup> En la versión original de 1930, el párrafo continuaba así: “...al regresar de donde estaba Villa, lugar al cual el tío Joseph me había pedido autorización para acompañarme”. La identidad de este improbable tío Joseph parece de naturaleza simbólica. Su nombre de pila evoca a la vez a Stalin y al célebre Padre Joseph, 1577-1638, François Le Clerc du Tremblay, consejero de Richelieu apodado la Eminencia Gris.

<sup>xii</sup> Esta visión nihilista de Rusia y de la Revolución rusa ya está presente en *Moravagine*, 1926. Cendrars se muestra de acuerdo con el pesimismo de de Boris Savinkov, terrorista y escritor ruso, autor en particular de *Le Cheval blême. Journal d'un terroriste*, 1908, cuya traducción francesa apareció en 2003 en ediciones Phébus. Cendrars se encontró con Savinkov durante el exilio de éste en París e hizo de él el jefe de los insurgentes en *Moravagine* bajo su seudónimo de escritor, Ropschine.

<sup>xiii</sup> Todo el fin del diálogo así como el PS fueron añadidos al ser publicadas las *Histoires vraies*.

<sup>xiv</sup> Monpazier, Dordoña, es la ciudad natal de Jean Galmont, 1879-1928, arbitrista, empresario y político que acababa de desaparecer en condiciones poco claras. Cendrars se fue ahí para escribir una biografía novelada de ese personaje que él comparaba a Don Quijote. “L’affaire Galmont” apareció en la revista *Vu* a fines de 1930, y luego muy pronto en volumen con el título de *Rhum*. Este reportaje marca los inicios de Cendrars en la prensa de gran difusión.

<sup>xv</sup> Getulio Vargas, 1883-1954, Político brasileño, presidente de la república, 1930, renunció en 1945, fue reelecto en 1954. Partidario de un régimen autoritario, fue primero favorable a las potencias del Eje, ante de intervenir junto con los Aliados. Se suicidó en 1954 antes que ceder al ejército golpista.